

inmóvil frente a las rejas, descansaba ahora un pie, ahora el otro, hasta terminar sentado sobre el banco más cercano a la vista; ahora podría comer hierbas y césped de jardín, ya no se interrogaba nada. Sentado en la banqueta blanca del bosque, ya no buscaba la inútil solución. Esto y nada más eran los recuerdos inútiles de un pasado de letargo. Es la violencia del cadáver recortado de Dionisios, en provecho de toda una geometría masiva. Allá fuera, la selva.

Casi un cuento

José Carlos Méndez / Facultad de Filosofía y Letras

... y fue una vez, cuando ya el patio había cegado sus ingresos de luz, y la escasa que quedaba, ya sin robustez, demoraba las formas de las cosas y lo tornaba todo asustadizo.

El cuchillo de la luna en cuarto creciente ya había aparecido, después de esperar toda la tarde a que el sol se metiera para no ensangrentarse. Todo estaba en silencio y a oscuras. Fue entonces cuando los murciélagos empezaron a ir y venir, acariciando casi las vigas del techo, las paredes y los pilares y a veces, hasta las jaulas de los pájaros que se alborotaban por momentos.

Iban y venían, mordiendo su ceguera diurna y su vértigo. Iban y venían, y dejaban las telarañas temblando, hiriéndolo todo sin tocarlo con sus alas sin plumas, con su hocico que sabía fumar. Se incrustaban en las sombras, salían por el agujero del patio, se revolvían violentos en el aire, sobre las tejas sucias, sobre los maullidos de los gatos, y volvían furiosos a atacar las vigas, las paredes y los pilares, las jaulas y el silencio. Parecían puñales en manos de ciegos o borrachos. Y ocurrió entonces que algo se me empezó a mover en el estómago, a crecer, a subir y a bajar, pero siempre a crecer. El cabello se me erizó en la nuca, desde donde me corría un sudor frío que también crecía, se deslizaba, suave, por el cuello y la espalda, por los brazos, por las piernas, por todos lados y aquello que tenía primero en el estómago ya lo tenía por todas partes. Lo que pasaba es que tenía miedo. Estaba solo y tenía miedo. Pronto se me pasará, pensaba. Pero no, no se me pasa. El miedo crece. Casi no me atrevo a respirar. Ahora tengo hambre, pero la cocina está lejos, hasta el fondo de la casa y está oscuro y hay brujas y tengo miedo; mejor me aguanto.

El miedo crece más; los murciélagos siguen su batalla, infatigables, tercos. ¡Váyanse! ¡Váyanse! ¡Me dan miedo! Pero no. No digo nada. No grito. No quiero ni moverme, ni ver, ni siquiera empañar el aire con mi aliento. Pienso en otra cosa, pero es inútil; el miedo sigue creciendo. Las brujas siguen en la cocina, y los murciélagos, y ahora los gatos se pelean en los techos y las lechuzas despiertan y todos se unen a mi miedo y me empiezo a despeñar, a caer como en las pesadillas y hago de tripas corazón y corro, corro a la sala porque ahí —pienso— las brujas y los murciélagos y todos no pueden entrar; el señor obispo no los dejaría. Cierro la puerta y enciendo la lámpara para verla mejor. Su retrato está sobre la chimenea. Desde abajo lo veo, sentado en su trono, solemne, dulce, benévolo, con los brazos sobre la faja morada, tal vez ayudándola. Debe haber estado escuchando a sus ovejas cuando lo retrataron.

Alrededor, los ojos fijos de mis antepasados me miran desde sus marcos tallados, deformados por la luz vacilante que se refleja sobre el cristal que nos separa. Comprendí enseguida que ellos no me ayudarían. Tenía miedo y estaba solo, tan solo como un huérfano. El miedo siguió creciendo, incontenible, cada vez más grande, y entonces vi el fondo azogado del espejo y desde ahí me miraba burlonamente y cerré los ojos y me acurrugué en el sillón y sentí húmedo y me quedé dormido y ya no supe si el miedo se fue o si me fui yo o si nos fuimos los dos...